



HAL
open science

Ética y estética tras el desafío postmoderno en la literatura latinoamericana

María José Bruña Bragado

► **To cite this version:**

María José Bruña Bragado. Ética y estética tras el desafío postmoderno en la literatura latinoamericana. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.1349-1359. halshs-00531168

HAL Id: halshs-00531168

<https://shs.hal.science/halshs-00531168v1>

Submitted on 2 Nov 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

ÉTICA Y ESTÉTICA TRAS EL DESAFÍO POSTMODERNO EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA

María José Bruña Bragado
Universidad de Salamanca
España

La postmodernidad supuso el despertar de un sueño dogmático que se apoyaba en los grandes paradigmas de pensamiento para comprender el mundo que habitábamos. En la actualidad, una vez derribados los muros sólidos y «coherentes» de la modernidad (y el colonialismo), y con una cierta distancia histórica también respecto a la postmodernidad (y el postcolonialismo), podemos interrogarnos acerca del papel que la historia, el arte y el pensamiento desempeñan en este nuevo espacio multidisciplinar, híbrido y atravesado por múltiples contradicciones, centrándonos, especialmente, en el contexto latinoamericano.

«El capitalismo es un momento imperfecto del progreso humano, no su negación»

Karl Marx

«La principal batalla del siglo XXI es el desvelamiento de la mente. No se puede explotar a los pueblos ni colonizarlos sin velarles la mente. La posmodernidad y el neocolonialismo son dos caras de la misma moneda»

Nawal al Saadawi

«El árbol de la izquierda es frondoso, echa su sombra sobre buena parte de la historia moderna de Occidente. Difícilmente habrá una corriente de pensamiento de raíces tan nobles, árboles tan torcidos y frutos tan amargos»

Héctor Aguilar Camín

«¿No podría la postmodernidad ser la época de las culturas latinas?» Gianni

Vattimo

En su ensayo *Terror tras la postmodernidad*¹ el filósofo Félix Duque propone un marco temporal definido para esa época que denominamos «postmodernidad» y cuyos límites suelen ser vagos e imprecisos. El inicio de la misma estaría simbolizado, en el plano artístico y social, por la explosión que hizo volar el conjunto de viviendas protegidas Pritt-Igoe en 1972, construido según los dictados de un racionalismo o funcionalismo que se reveló caduco e insuficiente frente a las necesidades cotidianas. Su punto más álgido sería otra caída o derrumbe: la del Muro de Berlín en 1991; y su clausura se produciría con otra explosión: la del 11 de septiembre de 2001. Según esto, la postmodernidad habría durado únicamente treinta años y sus rasgos definitorios habrían sido objeto de interminables disquisiciones, a menudo de signo antagónico, por parte de Jacques Derrida, Jean-François Lyotard, Francis Fukuyama o Gianni Vattimo, sin olvidar la labor como precursor de excepción de Guy Debord.

Así, recién instalados en un incipiente siglo XXI, una vez derribados los muros sólidos y «coherentes» de la modernidad (y el colonialismo), y con una cierta distancia también, sino histórica, cuando menos crítica, respecto a la postmodernidad (y el postcolonialismo), podemos interrogarnos acerca del papel que la historia, el arte y el pensamiento desempeñan en este nuevo espacio multidisciplinar, híbrido y atravesado por múltiples contradicciones que modernidad y postmodernidad nos han legado.

En este sentido, es lícito recordar que la postmodernidad surgió como un despertar del sueño dogmático colectivo en el que nos había instalado una modernidad que, para comprender racionalmente el mundo y acaso mejorarlo, se apoyaba en los grandes paradigmas o sistemas de pensamiento políticos, sociales, científicos y religiosos. Desde ese momento de crisis deja de ser posible hablar de «historia» como conjunto o bloque unitario y centralizado porque esa representación hegemónica del pasado estaba al servicio de los grupos de poder y las clases dominantes, como ya vislumbrara en las primeras décadas del siglo XX Walter Benjamin.² Deja también de ser posible sostener una idea unívoca, humanística, ilustrada –o marxista- de «progreso». Se pone fin al imperialismo y al colonialismo y se produce el advenimiento de la sociedad de la comunicación y el consumo, fruto de esa nueva noción de presente inmediato y «espectacular» –según la terminología de Debord-, libre de todo «pasado» y de todo «futuro». Es, probablemente, este último aspecto, es decir, ese énfasis de la postmodernidad en la comunicación y los *mass media* –también subrayado por Vattimo en lo que denomina «sociedad transparente» o «babel informativa»- lo que nos permite hablar de una nueva era en toda la extensión del término, pues las transformaciones que el ciberespacio ha

1. Félix Duque, *Terror tras la postmodernidad*, Abada Editores, Madrid, 2004.

2. Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Ed. Contrahistorias, México, 2005.

propiciado desde un punto de vista socio-económico, político y cultural son de tal alcance que aún no somos capaces, ya no de asimilarlas, sino ni tan siquiera de intuir las. Este fenómeno sólo puede darse, es innegable, en el seno de una sociedad capitalista y neoliberal, como desarrollaré después e implica tal proliferación de imágenes e ideas que Vattimo habla, como se consigna en la cita inicial, de «época neobarroca» y arriesga la hipótesis de que quizás también «época latina» por la cercanía de nuestra cultura, tanto en concepto como en expresión, a esta manifestación artística nunca suficientemente valorada y tan ajena al racionalismo moderno.³

Debido al papel crucial de las tecnologías de la información, a la omnipresencia de los nuevos sistemas de comunicación de masas y al enorme pero ambivalente potencial de los flujos de comunicación interactiva que tales cambios han activado, el guión mediático ha terminado por ocupar el espacio público, donde impone sus prioridades y reglas [...] Los medios de comunicación promueven identidades, refuerzan normas sociales y ejercen la facultad de atribuir autoridad moral [...] Su capacidad de construir representaciones simbólicas es tal que suplanta una realidad que, más que reflejar, inventa».⁴

Sea como fuere, con la postmodernidad, asistimos, pues, al menos en teoría, a un cuestionamiento de los sistemas y discursos universales, absolutos, ordenados y, por tanto autoritarios, para adentrarnos en el terreno de la incertidumbre, el desencanto –tan barroco, por cierto-, la heterogeneidad, el descentramiento de la autoridad, sea intelectual, sea científica, y el rescate de la cultura popular. Todo ello hacía presagiar el estallido de una gran multitud de racionalidades «locales» –Vattimo *dixit*- como minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas que por primera vez dejarían de ser silenciadas y tomarían la palabra –Spivak-.⁵ El ecologismo o los movimientos feministas e indigenistas vieron, por ejemplo, la oportunidad de obtener una visibilidad de la que carecían y, en ocasiones, lo consiguieron. Sin embargo, el neoliberalismo económico, los poderosos *mass media* y la globalización que posibilitaron el nacimiento de la era postmoderna, volvieron a crear mecanismos de alienación y exclusión, en este caso de cariz económico y cuantitativo en

3. Me atrevería a decir que sólo la invención de la imprenta supuso un cambio tan drástico en la historia reciente como al que asistimos en la era cibernética. No en vano se habla ya de «analfabetos digitales» y de «inmigrantes digitales» a tan sólo diez años de la democratización de Internet. La cuestión es si la circulación masiva de información garantiza la fiabilidad de la misma o tan sólo la desvaloriza y le quita realidad y pertinencia a ojos del receptor. La «verdad» suele quedar ahogada, distorsionada o alterada entre tantas informaciones, versiones e interpretaciones.

4. Ramón Vargas-Machuca, «Añoranza de una opinión pública razonable», *Claves de razón práctica*, 203 (junio de 2010), p. 36. En literatura y arte plástico el «neobarroco» se ha revelado como una de las directrices con más potencial y dinamismo en nuestros tiempos, especialmente en América Latina con autores como Néstor Perlongher, Marosa di Giorgio o Roberto Echavarren.

5. Gayatri Spivak, *Crítica de la razón postcolonial*, Akal, Madrid, 2010.

primera instancia, como la explotación de la fuerza del trabajo, que generó innumerables injusticias -como señala en la cita inicial de este trabajo la activista y escritora egipcia Nawal Al Saadawi- y una uniformización o estandarización que afecta también al mundo del arte y de la cultura.⁶

Así, aunque en un principio, se hacía evidente que la diversidad, el relativismo, la interdisciplinariedad y los progresos tecnológicos implicaban un extraordinario enriquecimiento y una polifonía de voces interesante, no dejaba de ser cierto también que el capitalismo, bajo ese barniz de libertad y el hecho de erigirse como catalizador de postulados postfeministas, ecologistas, multiculturales o cibernéticos, había generado una suerte de estructuras tanto mercantiles, como antropológicas o ideológicas discriminatorias, violentas y jerárquicas.⁷

No obstante, reitero que es indiscutible que la postmodernidad potenció una democratización y visibilidad mayor para lo menor, lo excéntrico, lo subalterno, lo diferente y esto nos lleva necesariamente a una reflexión acerca de cómo las sociedades capitalistas –especialmente las de signo socialdemócrata- han ofrecido, paradójicamente, libertades, bienestar y progreso incomparables a los de ninguna otra. Son dos caras de un mismo fenómeno socio-histórico y ninguna de ellas debe ser pasada por alto:

Son las verdaderas sociedades progresistas, especialmente si ha intervenido en ellas, con políticas públicas inteligentes de redistribución del ingreso y oportunidades, el ideal socialista de la igualdad y del progreso, como un lugar que está después del capitalismo, que lo supera porque lo mejora, no porque lo suprime.⁸

En este sentido, este trabajo trata tanto de pensar el éxito o el fracaso del arte –la literatura y especialmente la nueva narrativa- como creador de valores nuevos y destructor de los antiguos en el marco capitalista, como de averiguar si es cierta la tesis de Duque acerca del fin de la postmodernidad en el 2001 o si, por el contrario, todavía estamos ante los rescoldos o la resaca postmoderna que, aunque maquillada como «postideológica», «posthistórica» y «muticultural», oculta la pervivencia de dinámicas de dominación, pero también ofrece posibilidades inéditas de reinención y resistencia. Estaríamos, pues, ante dos enfoques: Por un lado, la visión de la postmodernidad como período conservador y de gran escepticismo, que no viene sino a reafirmar los postulados tradicionales de

6. Ya advertía Fukuyama en 1989 que el capitalismo dependía de una división del trabajo intrínsecamente desigual.

7. Estas estructuras hacen, por ejemplo, que no parezca legítimo condenar con la misma virulencia a los banqueros de Wall Street que llevan a la hambruna a países enteros con tan sólo un click de sus computadoras que a los agentes directos del exterminio literal y directo de esos mismos pueblos.

8. Héctor Aguilar Camín, *Pensando en la izquierda*, Centzontle-Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 54.

la «arcaica» modernidad y que se apoya en el individualismo exacerbado y el consumismo globalizado como referentes identitarios –en una tesis defendida por críticos como Jürgen Habermas, Fredric Jameson o Terry Eagleton-:

Actualmente, se percibe con claridad que no sólo el totalitarismo ha intentado producir un sujeto nuevo, sino que también el llamado «neoliberalismo» es el intento de construir sobre la aniquilación del sujeto moderno (el crítico, el freudiano, el marxista) un individuo autista y consumidor indiferente a la dimensión constitutivamente política de la existencia, un individuo referido sólo al goce solipsista del objeto técnico que se realiza como mercancía subjetiva en la cultura de masas.⁹

Por otro lado, existe una segunda aproximación y comprensión del fenómeno postmoderno, mucho más positiva y utópica, rescatada, entre otros, por Linda Hutcheon quien lo considera como una superación de los presupuestos modernos menos perecederos y que pueden seguir vigentes, si se adaptan a las transformaciones inevitables; el prefijo «post» sería, entonces, un más allá, en todo caso, y nunca un «después».¹⁰

En la misma línea y muy en sintonía con los postulados de Lincha Hutcheon y de Héctor Aguilar Camín antes citados, la filósofa María Teresa López de la Vieja llega a afirmar que, aunque es evidente que las sociedades liberales y democráticas amparan todavía formas de exclusión y marginación que afectan a un número creciente de ciudadanos, en razón de género, de edad, de etnia, de cultura, etc, son las únicas que reconocen los derechos y libertades de los mismos, tienen mejores niveles de vida y condiciones de equidad social.¹¹ De ahí la dificultad de reemplazar un modelo liberal relativamente solvente y no por ello menos efímero, como sugiere también el filósofo Jorge Alemán: «Ninguna realidad, por consistente y hegemónica que se presente, como por ejemplo el capitalismo actual, debe ser considerada como definitiva».¹²

En definitiva, el estatuto postmoderno, como la etapa neoliberal en la que surge, es contradictorio y ambivalente; esta era ecléctica puede ser aprovechada para introducir lo minoritario y transversal al mismo tiempo

9. Jorge Alemán, «Aproximación a una izquierda lacaniana», en Slavoj Žižek, Jorge Alemán y César Renduelles, *Arte, ideología y capitalismo*, Ediciones Pensamiento, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2008, p. 55.

10. «La Ética del cuidado y las políticas de la diferencia dibujan lo que podría estar –aunque no está todavía- más allá, y también, más acá de las relaciones de justicia», María Teresa López de la Vieja, ed., «Ética de la diferencia. Política de la igualdad», en *Feminismo. Del pasado al presente*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000, p. 73.

11. Sobre todo si las comparamos con las sociedades del exsocialismo real, tesis que defiende Aguilar Camín, firme defensor de la socialdemocracia europea y acérrimo detractor de la izquierda populista y revolucionaria latinoamericana y «aunque luego ‘cuiden’ poco o de manera insuficiente el cumplimiento efectivo de tales derechos» puntualiza López de la Vieja, «Ética de la diferencia. Política de la igualdad», p. 73.

12. Alemán, «Aproximación a una izquierda lacaniana», p. 53.

que sirve a los intereses del poder. En consecuencia, la tarea pendiente sería, pues, conciliar, como proponía Norberto Bobbio, el socialismo con el liberalismo, o mejor, un capitalismo moderno con un Estado de políticas sociales. Todavía nos queda la esperanza, como apunta Gianni Vattimo, de una revolución ética donde «se actúe mediante una *pequeña* distorsión del sentido de las mediatizaciones de nuestra vida –del consumismo, de la inflación misma del valor de cambio-, etc.»¹³ y así alcanzar ese anhelado equilibrio.

Pero, ¿cuáles son la incidencia y repercusiones de la postmodernidad en el ámbito artístico y literario?, ¿se observan las huellas de este fenómeno de cuño, origen y teorización marcadamente occidental en América Latina?, ¿se puede hablar, acaso, de una América Latina post-industrial y post-moderna?, y si se puede ¿tiene ésta preocupaciones de índole ética, o más bien estética?, ¿acaso ambas?

Como marco geográficamente relegado de la historia, de la economía –salvo quizás Brasil y Chile-, del pensamiento y del arte, América Latina tiene mayores dificultades a la hora de ser considerada «postindustrial» y postmoderna. Sin embargo, es en esa característica de estar, de alguna manera, «fuera del tiempo y del espacio», lejos de los centros de poder, además de en sus peculiaridades históricas –dictaduras atroces en el siglo xx, narcotráfico, larga historia de colonialismo- y en su extraordinaria heterogeneidad donde resida quizás su fuerza y lo que fomenta una libertad artística indudable a la hora de *crear* sus propios modos de inscribirse en esta nueva era. No en vano, las teorías imperialistas de principios de siglo xx ya subrayaban la importancia que las periferias tendrían para Occidente como exterioridades económicas y también culturales. Lamentablemente, este último capítulo no está cerrado y pese a que el subcontinente constituye un espacio de creación incontestable, sigue existiendo un neocolonialismo cultural y editorial innegable que la globalización no ha moderado:

«[...] para un latinoamericano, publicar en las editoriales españolas no significa una invasión bárbara o un acto de traición, sino la única forma de escapar de sus jaulas nacionales y de ser leídos en los demás países de la región. [...] Publicar en España se convirtió entonces en la meta más deseada para un latinoamericano: alcanzarla significaba ascender a una especie de primera clase literaria, editada en Madrid o Barcelona, distribuida en varios países y premiada con toda suerte de ventajas (colaboraciones en periódicos y revistas, viajes a congresos y ferias, inmediato reconocimiento público), frente a una segunda clase, publicada sólo en sus países de origen y condenada al discreto encanto de la gloria local».¹⁴

13. Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona, 1990, p. 71.

14. Jorge Volpi, *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el*

Con todo, al contrario que las fronteras políticas, las literarias siempre han sido mucho más fluidas y permeables y el intercambio de ideas e historias entre regiones, países y continentes ha sido también más frecuente y productivo que el de las personas.

Veamos, a continuación, las principales características de la escritura postmoderna. Si en Occidente es observable cómo toda la producción literaria (y la crítica literaria) se ha acercado paulatinamente a otros dominios, como la historia, la filosofía y la política –Cixous, Derrida, Magris, Quignard, Saramago, Vila-Matas-, en busca tal vez tanto de respuestas de signo ético tras el descreimiento generalizado, como de una nueva forma de experimentación estética lejos ya de la narratividad como discurso unívoco, algo similar se aprecia en el contexto latinoamericano:

La apertura hacia lo existente supuso, en la mayor parte de los casos, el fin de los planteamientos metanarrativos y de las escrituras solipsistas; no obstante, ello no ha supuesto el fin de las actitudes transgresoras plasmadas en un amplio repertorio de técnicas de escritura.¹⁵

Proliferan, así, textos híbridos que entremezclan el ensayo y la novela con el aforismo y la poesía, si hablamos de géneros; la filosofía y la política con la crítica literaria o la sociología, si a disciplinas o saberes nos referimos. Esto tiene su traslación evidente al ámbito literario latinoamericano porque lo sincrético forma parte de su talante y tiene una evidente conexión con la representación barroca hispánica. Además, en esta circulación cultural interviene, ahora sí, la globalización de forma directa y buena parte de los autores/as tienen trayectorias erráticas y plenamente postmodernas, debido en parte al exilio político y económico; por causa también de que en la escritura cada uno elige su filiación y, desde la soledad de los libros, no hay áreas marginales de la cultura o el pensamiento y la única patria es la biblioteca.¹⁶ Esto es evidente cuando nos percatamos de que hay incluso autores como Junot Díaz, dominicano, y Daniel Alarcón, peruano, que han optado por el inglés como lengua de escritura. Así, autores como Ricardo Piglia, Juan José Saer, Roberto Bolaño, Andrés Neuman, Mario Bellatín o Iván Thays, en la estela de Borges y Reyes, entrarían en esta línea del mestizaje genérico e interdisciplinar con unos textos cosmopolitas

siglo XXI, Debate, Barcelona, 2009, pp. 157-158.

15. Eduardo Becerra, «Direcciones de las últimas décadas. El final del sueño», en Teodosio Fernández, Selena Millares y Eduardo Becerra (coords.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Universitas, Madrid, 1995, p. 385.

16. Los autores del Boom consiguieron configurar una idea transnacional y un estilo identificable como latinoamericano al querer escapar de sus jaulas nacionales. A la larga, sin embargo, esta etiqueta inventada por Cortázar, Vargas Llosa o García Márquez se ha desgastado y perdido sentido y es de esta idea de lo latinoamericano de la que los escritores más jóvenes desean huir. El título de Fernando Iwasaki es emblemático en este sentido: *Mi poncho es un kimono flamenco*, Sarita Carto-nera, Lima, 2005.

donde pueden aparecer aforismos, artefactos o reflexiones filosóficas imbricadas en la ficción de imaginarios propios que no tienen en cuenta, obligatoriamente, lo autóctono, lo nacional o una identidad determinada. En este sentido, incorporo una cita esclarecedora perteneciente al último ensayo de Jorge Volpi:

Después de Bolaño, escribir con la convicción bolivariana del *Boom* se ha vuelto irrelevante. Ello no significa que América Latina haya desaparecido como escenario o centro de interés, pero sí que empieza a ser percibida con un carácter *postcolonial*, desprovisto de una identidad fija.¹⁷

En segundo lugar, el Nuevo Historicismo, dentro de la crítica literaria, plantea, desde un enfoque plenamente postmoderno, la compleja interacción entre sociedad y cultura negando la existencia de verdades absolutas y sugiriendo tanto la sustitución de metarrelatos tradicionales por micronarraciones, como la reconceptualización de la historia de una forma abierta y plural. La literatura es, desde este punto de vista, un lugar de observación privilegiado para examinar el funcionamiento de la sociedad, sus relaciones y procesos y para llenar los vacíos o huecos de la memoria colectiva contando lo menor, subalterno y olvidado. En efecto, el subgénero de la novela histórica y las diversas formas breves son modalidades que gozan de una vitalidad clara y de un notable éxito comercial en Occidente, dada su inconformidad y su espíritu transgresor plenamente postmoderno -Graves, Yourcenar, Eco, Pérez Reverte, Merino, Delibes-. En América Latina, si el maestro de la sátira breve es Augusto Monterroso, sin olvidar a Borges o Cortázar como sus modelos, los escritores de novela histórica y nueva novela histórica son numerosísimos: Abel Posse, Rosario Ferré, Ana Teresa Torres, María Rosa Lojo, Pedro Ángel Palou, Wendy Guerra, Ena Lucía Portela, Alan Pauls, Martín Kohan, Rodrigo Rey Rosa, Juan Gabriel Vásquez o Washington Cucurto son algunos de ellos. La revisión del pasado abarca desde el momento prehispánico, al colonial o los regímenes sangrientos del siglo xx y es una veta practicada, en gran medida, por escritoras, pues la enunciación de las historias silenciadas es, como sugirió en su momento Georges Duby, inexcusable y justa para completar el puzzle de la Historia.

En tercer lugar, entonces, la variable de género entra de lleno en la temática de la narrativa postmoderna y la empapa de osadías técnicas y rupturas formales e ideológicas. En Occidente es constatable, incluso a un nivel institucional donde las políticas de discriminación positiva llegan a premios y editoriales -Jelinek, Lessing, Atwood, Ndiaye, Cixous, Nothomb, Grandes-, la presencia cada vez mayor no sólo de mujeres, sino de una

17. Volpi, *El insomnio de Bolívar*, p. 176.

preocupación acuciante por el género en sus obras, sea como denuncia a la discriminación todavía existente, sea como parodia elegante de los desenfrenos patriarcales, sea como búsqueda introspectiva de la identidad o exaltación narcisista del cuerpo reconquistado. La escritura de Diamela Eltit, Lalo Barrubia, Carmen Boullosa, Mayra Santos-Febres, Cristina Rivera Garza o Wendy Guerra abren nuevos espacios de reflexión autobiográfica e intimista, en ocasiones, sobre el cuerpo, el dolor y el descubrimiento del placer en el seno de una sociedad alienada y donde el poder masculino se empeña en domesticar el deseo femenino, pero también ofrecen una mirada sobre su tiempo, o sobre otros tiempos, sobre su contexto, o sobre otros contextos –la novela futurista y fantástica de Angélica Gorodischer o Luisa Futuransky constituye un buen ejemplo-. En definitiva, el género se inscribe en las obras como converge una recta, en un plano inclinado, hacia la línea de fuga. La apuesta de cada escritora es plenamente personal y cada vez más libre de los tabúes o constreñimientos a los que sí tuvieron que enfrentarse en el pasado otras autoras como María Luisa Bombal, Teresa de la Parra o Silvina Ocampo.

Un interrogante surge en este punto y es si la denuncia política y América Latina como tema siguen teniendo la presencia que, sin duda tuvo hasta los años 70, en forma de la novela de dictador fundamentalmente. Lo cierto es que los escritores de la postmodernidad, nacidos a partir de 1960 han sido testigos del desmoronamiento del socialismo real y del descrédito de las utopías y su mirada hacia la política es sesgada, irónica, desconfiada o totalmente decepcionada porque los años 80 trajeron cierta ampliación de la libertad de expresión y los derechos –salvo en el Cono Sur, evidentemente-, con el consiguiente declive de la literatura política. Estos jóvenes escritores muestran su indiferencia hacia las pasiones ideológicas y las militancias clandestinas y vuelcan su compromiso, de índole más ética que política, hacia otros temas, con otras estrategias narrativas muy diferentes a las de Miguel Ángel Asturias o Mario Vargas Llosa. Por supuesto que la preocupación sigue existiendo, pero la trama ya no consiste en hacer el retrato satírico y despiadado del dictador de turno, sino en verbalizar las diferencias socioeconómicas en la Argentina actual –Olguín-, el estancamiento de Cuba tras más de cuarenta años de Revolución –Suárez, Guerra-, los asesinatos de mujeres o la decadencia de la izquierda intelectual –Bolaño-, etc...Con frecuencia, las novelas abordan también problemáticas sociales, como las nuevas formas de amenaza tecnológica o el narcotráfico. Así, tenemos algunos textos –Paz Soldán, Volpi- donde las nuevas tecnologías, la blogosfera y las redes de comunicación son claves para denunciar los abusos de poder y la violencia en estos países. Del mismo modo, otra directriz en la acusación a una sociedad cada vez más clasista y con más desigualdades y diferencias

aparece ya en Europa, a veces en forma de novela detectivesca o policiaca –Mankell, Dürrenmatt, Vázquez Montalbán, Camilleri, Larsson-, a veces en forma de radiografía del gueto suburbial –Saviano-. En América Latina, la novela negra goza de gran vitalidad –Fuguet, Rocagliolo, Mario Mendoza- y en ocasiones es el marco de un subgénero más específico como es la novela de narcotráfico con nombres como Fernando Vallejo, Élmer Mendoza, Mario González Suárez, Darío Jaramillo, Yuri Herrera, Martín Solares, Cristina Rivera Garza o Sergio Olguín –reconstrucciones de la violencia que puede quitar la vida desde la frontera de México a Buenos Aires, pero fundamentalmente ambientadas en Colombia y México y que se están convirtiendo en un peculiar fenómeno comercial-:

Si antes la región estuvo caracterizada por su lógica fantástica –o su falta de lógica-, con sus simiescos dictadores y sus briosos guerrilleros, ahora se halla infectada por esta epidemia de capos y asesinos a sueldo idónea para el consumo global.¹⁸

En suma, resulta imposible trazar un mapa completo con las corrientes, tendencias o estéticas predominantes en América Latina; más bien, fruto del acentuado individualismo y de la diversificación postmoderna en la que, en mi opinión, todavía estamos inmersos, podemos hablar de temperamentos, obsesiones y escrituras personales donde está presente desde el experimentalismo formal a la preocupación social, desde la sátira histórico-política a la ciencia ficción o la novela fantástica. Y volvemos al interrogante que abría este trabajo: ¿es la literatura postmoderna conservadora o genera nuevos patrones, respuestas y formas frente a los desafíos del siglo XXI? Al contrario que la música, el teatro o las artes plásticas, que han sabido conjugar, de un modo muy versátil y ecléctico, la herencia de las vanguardias históricas con la experimentación posterior, podemos decir que la literatura ha permanecido más estática y menos permeable a los cambios y no ha sido capaz de reflejar más que muy superficialmente, tanto de un punto de vista temático como formal, la mirada postmoderna, a través de la parodia, el humor, lo fragmentario, el género policial o histórico revisitado o el género. Nos hemos alejado de la narratividad lineal del relato clásico, sí, pero aún queda mucho camino por andar y sólo en la desaparición de la fronteras entre autobiografía, ensayo, novela, poesía y periodismo –*fiction and non fiction*-, en el cultivo de formas «neobarrocas» y en cierto retorno al género fantástico podemos ver signos plenamente postmodernos, esto es, el deseo de reinventar la realidad desde presupuestos nuevos, cuestionables, relativos y hasta cierto punto arbitrarios.

18. Jorge Volpi, *ibid*, p. 187.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor, *Pensando en la izquierda*, Centzontle-Fondo de Cultura Económica, México, 2008.
- Alemán, Jorge, «Aproximación a una izquierda lacaniana», en Slavoj Žižek, Jorge Alemán y César Renduelles, *Arte, ideología y capitalismo*, Ediciones Pensamiento, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2008.
- Becerra, Eduardo, «Direcciones de las últimas décadas. El final del sueño», en Teodosio Fernández, Selena Millares y Eduardo Becerra (coords.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Universitas, Madrid, 1995, pp. 380-412.
- Benjamin, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Ed. Contrahistorias, México, 2005.
- Debord, Guy, *La société du spectacle*, Gallimard, Paris [1967] 1992.
- Duque, Félix, *Terror tras la Postmodernidad*, Abada Editores, Madrid, 2004.
- Fukuyama, Francis, *The End of History an the Last Man*, Penguin, London, 1992.
- Hutcheon, Linda, *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*, Routledge, New York, 1988.
- Iwasaki, Fernando, *Mi poncho es un quimono flamenco*, Sarita Cartonera, Lima, 2005.
- Lyotard, Jean François, *La condition postmoderne*, Ed. de Minuit, Paris, 1979.
- López de la Vieja, María Teresa ed., «Ética de la diferencia. Política de la igualdad», en *Feminismo. Del pasado al presente*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000, pp.51-77.
- Spivak, Gayatri, *Crítica de la razón postcolonial*, Akal, Madrid, 2010.
- Vargas-Machuca, Ramón «Añoranza de una opinión pública razonable», *Claves de razón práctica*, 203 (junio de 2010), pp. 34-37.
- Vattimo, Gianni, *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona, 1990.
- Volpi, Jorge, *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el siglo XXI*, Debate, Barcelona, 2009.
- Žižek, Slavoj, Jorge Alemán y César Renduelles, *Arte, ideología y capitalismo*, Ediciones Pensamiento, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2008.